

París después de terminarse las sesiones que los poetas catalanes y provenzales celebraron en la población francesa de Banyuls, en el mes de Junio de 1883, estaban redactados en la lengua de Mistral, y circularon sin entorpecimiento ni obstáculo alguno por parte de las oficinas del ramo.

Idéntica conducta se observa en los países que Francia vá ganando y colonizando en Argelia. Allí se ha adoptado en las escuelas un sistema especial, de carácter mixto, ó sea árabe-francés: en esas escuelas la lengua oficial es la del Gobierno supremo, pero coexistente con la del país, cuya enseñanza está confiada á un *taieb*, que hace leer y escribir en árabe á los alumnos. Así aparece del informe comunicado en 1882 al Ministerio de Instrucción pública por Mr. Lebourgeois, Inspector general de Argelia.

Nosotros no pedimos más que esto á los Poderes españoles. Queremos que se enseñe la lengua oficial, pero que no por eso se trabaje para extirpar del todo idiomas dignos de estudio y que tienen su origen en el corazón del pueblo que los habla. El ejemplo de Francia nos demuestra que no pedimos nada insólito. Otro día veremos lo que se hace con las lenguas regionales en otros Estados europeos, y entonces se probará más claro que lo que en España se practica, y cuya derogación solicitamos, constituye una verdadera é infundada excepción en Europa.

NUESTRA CONDUCTA POLITICA

II.

Otra de las acusaciones que con más acritud é insistencia se dirige á LA UNIÓN, es que, con su nueva división, favorece á los carlistas, cortando el desarrollo y la preponderancia que va tomando el partido liberal, y para justificar estos triunfos, se han hecho curiosas estadísticas, sobre el número de electores carlistas y liberales que han tomado parte en las últimas elecciones, queriendo deducir, que han sido más los votos coalicionistas, que los de sus adversarios. ¡Lastima grande que no fuera verdad tanta bellezat!

Prescindiendo de que ni integristas ni carlistas se han presentado á luchar en dos de los cinco distritos y que en consecuencia no se computan los votos que tengan ellos, lo cual hace rebajar mucho las cuentas galanas que se han hecho sobre las fuerzas con que cuentan, es de toda seguridad, que fuera de San Sebastián, donde predomina el elemento liberal, los votos que en los demás distritos han llevado los coalicionistas, son en sus dos terceras partes carlistas ó integristas, emitidos por arrendatarios ó dependientes de propietarios, fabricantes é industriales liberales.

No nos hagamos ilusiones! Lo que las últimas elecciones demuestran con la abrumadora elocuencia de los hechos es, que el sistema de lucha y rencores que proclama la coalición, ó no dá resultados ó son contraproducentes; puesto que los adversarios, á pesar de la saña con que han luchado entre sí, donde han presentado un candidato integrista ó carlista, han triunfado sin dificultad.

Precisamente estos hechos sugieren á los espíritus reflexivos, la necesidad de cambiar de rumbo. Lo que hacen los animales desprovistos de razón por instinto, bien podemos hacer los racionales por reflexión.

Cuando un lebrer busca á su amo y se encuentra con dos caminos que ha podido seguir indistintamente, se pára y olfatea con cuidado uno de ellos, para tomar el rastro, y al convencerse de que no ha pasado por allí, se lanza por el otro camino sin detenerse á más averiguaciones, haciéndose, sin duda, la reflexión de que no habiendo ido por el primero, necesariamente ha debido hacerlo por el segundo.

Pues bien; en parecida situación nos ve-

mos. Dos caminos se nos presentaban para buscar el bienestar perdido, el de los odios y la lucha, y el de la paz y la atracción. El primero lo hemos ensayado, y nada hemos adelantado por él; de consiguiente, poco perdemos en probar el otro, por ver si nos va mejor. Se dice que ofrece dificultades insuperables. Es verdad. Son tales los recuerdos de odio que han dejado tantas luchas sangrientas, que hay, lo mismo entre los absolutistas como entre los liberales, quienes se sublevan indignados sólo á la idea de la unión. Desgraciadamente es cierto; pero es porque unos y otros sólo quieren ver en sus adversarios políticos, los enemigos mortales de siempre, y nosotros quisiéramos, que miraran en ellos al través de su enemistad, á sus hermanos por la sangre, por la raza y por la Religión.

Después de todo, nosotros, para la unión foral, no pedimos á los carlistas que abandonen el culto de su rey y sus principios, para adherirse á los nuestros. Nos basta con que aceptando los hechos, contra los que nada pueden, y reservando sus ideas y sentimientos políticos, para el caso en que las circunstancias les concedan el triunfo, se unan dentro del país con sus hermanos, para trabajar por la restauración foral en la medida que se pueda. Además, esos hombres deben considerar que antes es la patria que el rey, que antes son españoles que carlistas, y que si bien en casos dados es plausible la lealtad dinástica, son más sagrados los deberes que, como á hijos, les impone la patria en que han nacido, teniendo preferente derecho por ello á sus servicios y á su amor. No sabemos hasta qué punto puede ser licito que una masa considerable de españoles, entregados con alma y vida á esperanzas que tendrán ó no tendrán realización, continúe aun después de 60 años de decepciones, en esa constante aptitud de hostilidad, contra la situación que, por visible disposición de la Providencia, representa y dirige las fuerzas sociales de la Nación, haciendo de ese modo el vacío en torno de los elementos de orden y de conservación, y dejándolos aislados y expuestos á los embates de los espíritus que trabajan por la anarquía y la disolución.

¡Ayuden noblemente á su patria como es su primer deber, á prepararse para la pavorosa lucha social de que está amenazada, como el resto de Europa, y abandonéense en lo demás á los inescrutables designios de Aquel que tiene en sus manos el destino de las naciones!

Y pasemos ahora á los integristas. Si éstos, despojándose de sus preocupaciones de escuela, y sacudiendo el polvo que á todos nos dejan las grandes controversias de ideas, quisieran explorar con serenidad de espíritu, é inspirándose exclusivamente en el interés de la Religión, la voluntad y los deseos del gran Pontífice que rige los destinos de la Iglesia, no tardarían en persuadirse, de que sería deber de patriotismo y aun de conciencia en ellos, el aceptar, no solo la unión foral, que de eso no pueden excusarse, sino los principios generales de nuestro programa, reconociendo como estado de hecho, sino de derecho, la monarquía del augusto ahijado del inmortal León XIII, y la Constitución vigente, con las salvedades y las circunstancias que prescribe para tales casos, su memorable Encíclica *Inmortale Dei*. Entre los eminentes servicios que deberán la Iglesia y la sociedad al sapientísimo Pontífice, por la bienhechora y trascendental influencia que ha de ejercer en las transformaciones á que se halla avocada la Europa al empuje de las nuevas ideas, y que ha de inmortalizar su Pontificado es, sin duda alguna, el sublime ideal á que ha consagrado su vida con tenacidad inquebrantable; y es, separar la Iglesia de toda solidaridad con sistemas ó partidos meramente políticos, dejando, en consecuencia, á las naciones en libertad de que se constituyan en la forma que juzguen conveniente, pero exigiendo que todo sistema y todo gobierno se informe en el espíritu de la Religión. ¡Misión providencial que ha llevado á cabo, con el corazón puesto en Dios, á pesar de las dificultades, de las decepciones y de las honradas amarguras que le han salido al paso!

Exhorta y manda sin tregua á todos los

gobiernos que despojándose de la levadura de los errores modernos, vuelvan á los sanos principios de la filosofía y moral cristianas; pero no consiente que partido alguno, tomando la voz y representación de la Iglesia, comprometa en sus luchas políticas los intereses de la Religión. Quiere que los católicos se muevan y trabajen en su favor; pero quiere que lo hagan bajo la dirección de sus Pastores y aprovechando los medios legales que les conceden las situaciones políticas bajo cuya autoridad viven.

Y de día en día, de momento en momento, se pronuncia con más resolución la Santa Sede en este sentido.

Siendo esto así, y cuando el Padre Santo, á pesar de las profundas convicciones de un Prelado tan eminente y amado de él como Monseñor Freppel, que tantos servicios ha prestado á la Iglesia; cuando á pesar de las ardientes representaciones de multitud de Diputados legitimistas y fervorosos creyentes, se niega á ligar los intereses del catolicismo al celo de un partido tan importante como el que representan, y recomienda, por el contrario, que trabajen dentro de una república tan atea y perseguidora de la Religión como la francesa, ¿qué escrúpulos pueden tener los más intransigentes en aceptar una situación como la nuestra, la más católica que existe hoy en Europa y con una Reina amada del Pontífice, y modelo de piedad y de virtudes?

No. Los integristas después de ver ya tan manifiesta la voluntad del Jerarca supremo de la Iglesia no pueden en conciencia continuar en la situación irregular en que se encuentran, dañosa para los intereses de la Iglesia y perjudicial para sí mismos, ni pueden continuar malgastando miserablemente en luchas estériles, la gran fuerza moral de que disponen, y que tanto podría contribuir, bien dirigida, á la restauración de los principios católicos. Que proclamen una república católica, que vuelvan á las filas de D. Carlos, ó que se adhieran á D. Alfonso, todo eso puede pasar; pero lo que no tiene justificación es precisamente lo que hacen.

Sin bandera definida, sin un programa político-religioso, indispensable si se quiere influir en la marcha de la sociedad, los integristas á pesar de sus rectas intenciones y de la sinceridad de su celo, son hoy una perturbación para la unidad de acción que recomienda la Iglesia, y de igual modo vienen á ser un embarazo para el movimiento regular de los partidos políticos, porque ni forman uno verdadero entre sí, ni se unen á los ya formados, y condenan de ese modo á una censurable inacción las fuerzas católicas de que disponen.

Es el cuento del perro del hortelano, que ni come, ni deja comer.

Y no debiendo continuar así, siendo un deber salir de su retraimiento, lo natural y lo más razonable en la situación en que se encuentran es, aceptar el estado de cosas que ha traído la Providencia y trabajar dentro de él, como recomienda la Santa Sede, sea al lado, sea en frente del Gobierno, por la realización de sus ideas, para lo cual, ni necesitan abandonar ninguno de sus principios, ni renunciar á ninguna de sus aspiraciones, ni perder siquiera la absoluta libertad de acción é independencia que tienen al presente.

No hay más, sino que en vez de trabajar como ahora en la región especulativa de las ideas, lo hagan prácticamente en las esferas de la política, que es donde se trata y se decide de muchos asuntos que afectan á los intereses de la Iglesia y á donde deben llevar la fuerza moral de que disponen, para velar por los fueros y por los derechos de la Religión.

En nada es más cierto que en política, aquel aforismo jurídico de *Beati possidentes*, y puesto que la dirección y la autoridad de la nación se hallan en la situación monárquica de D. Alfonso XIII, sigan el ejemplo de la Santa Sede y del Episcopado español, y ayuden á los elementos religiosos que hay en ella, para *infiltrar en sus instituciones, como dice el Romano Pontífice, el salubérrimo jugo de la Religión Católica*.

Y así cumplirán mejor, al menos en nuestra opinión, con lo que deben á su patria y á Dios.

JUAN V. ARAQUISTAIN.

LUIS WINDSTHORST

A los 79 años de edad ha muerto en Berlín el ilustre jefe del Centro católico alemán, Luis Windsthorst.

Este insigne político, cuyo nombre pasará á la posteridad unido á las obras más grandes que en estos últimos tiempos se han hecho en Alemania en beneficio del Catolicismo, nació en Kaldenhofs el 17 de Enero de 1812.

Doctor en Jurisprudencia, ejerció la abogacía y ocupó puestos oficiales de importancia en el antiguo Reino de Hannover. Desde el año de 1849 al de 1866 fué varias veces Diputado, y en 1851 fué elegido Presidente de la Asamblea de los Estados de aquel Reino.

Poco después pasó á ser Ministro de Estado, cargo que ejerció de 1851 al 53 y de 1862 á 65.

El 12 de Octubre del último citado año, fué nombrado fiscal superior de la Corona, pues ya se le consideraba con razón, como una de las eminencias políticas del país.

Miembro del Reichstag constitucional y del ordinario de la Alemania del Norte, desde 1866 á 1871; miembro del Reichstag del Imperio desde la última citada fecha, vino á ser el jefe del partido católico que se formó entonces.

Su fama como orador ha recorrido el mundo entero, y su vida puede ponerse como ejemplo de laboriosidad, actividad y talento.

Gracias á estas dotes de Windsthorst, y á la unión y disciplina que reina entre los fervorosos católicos alemanes, han llegado estos á ser en aquel Imperio una fuerza poderosísima, que hábilmente dirigida, puede en el Parlamento dar la victoria á cualquiera de los partidos, y hacerse así respetar de todos.

Windsthorst representaba la fuerza moral, en frente de la fuerza material simbolizada por la política de Bismarck. Así se opuso a todas las leyes centralizadoras dictadas por éste, y sostuvo siempre, con inquebrantable constancia, todo lo que pudiera tender á dar vida propia á las diversas regiones del Imperio.

Enseñanza es esta, que por verse repetida en todos los países de Europa, donde luchan la fuerza moral, representada por los principios religiosos, y la material, representada por las bayonetas, no debemos olvidar nosotros, amantes sincerísimos de la descentralización administrativa. Nunca estará esta mejor garantizada que cuando gobiernen aquellos partidos que se apoyen en principios religiosos. Y la razón es óbvia. Cuando, como decía Donoso Cortés, baja el termómetro de la represión religiosa, es de todo punto necesario que suba el termómetro de la represión política, si las naciones no han de desaparecer, despedazadas por la anarquía. Si un gobierno cuenta con súbditos en quienes la ley moral tiene decisiva influencia, podrá y deberá ser benigno y tolerante. Pero si sus administrados han vuelto la espalda á Dios, y los mismos que ocupan el poder les dan ejemplo haciendo gala de no inspirarse en nada sobrehumano, entonces, si no ha de reinar la más absoluta anarquía, la fuerza material deberá agruparse en torno del Gobierno, poniendo en manos de éste cuantos resortes le sean convenientes para hacerse respetar. Y entre estos se halla la centralización administrativa.

Al consagrar un sentido recuerdo á la memoria del ilustre Windsthorst, se nos han ocurrido naturalmente las precedentes consideraciones, que no nos parecen muy fuera de lugar.

ECOS POLITICOS.

Quiere dar á entender *El Diario de Bilbao*, que hay incompatibilidad entre el fuerismo y las doctrinas políticas que sustentamos.

¡Vana pretensión!

Nosotros seguimos la senda que nos dejaron trazada los grandes patricios de este país: los Olanos, los Altunas, los Egañas, los Aldámars, los Lersundis.

¿Eran ó no fueristas estos señores?

- ¿Sabian ó no poner por cima de todas sus afecciones particulares los intereses del país?